

CONCLUSIONES

La obra de Gilbert Keith Chesterton posee una serie de características que le confieren una extremada originalidad y la vuelven, aparentemente, difícil de clasificar. Pero nosotros pensamos que sus escritos constituyen un puente histórico entre la Inglaterra Victoriana, con sus paradojas y su aglomeración de estilos y conceptos y la sociedad inglesa del siglo XX y su desafortunado deseo de romper con todo lo pasado. Chesterton manifiesta añoranza hacia todo lo que ya fue, y eso le lleva a asomarse al mundo con una mirada llena de infantil asombro. Al mismo tiempo, invita a los lectores a participar de este ejercicio intelectual. En parte, es debido a esta intención que utiliza la paradoja como rasgo dominante de su estilo. La paradoja ayuda a que tomemos conciencia de que el mundo siempre puede asombrarnos, porque las cosas pueden ser – y muchas veces son – más de lo que aparentan ser. La paradoja, nos dice Gabriel Syme, ayuda a que los hombres recordemos verdades olvidadas. Tiene razón. La paradoja, en cierto sentido, nos ayuda a tomar conciencia de que siempre podremos hacer renacer en nosotros la inocencia y admiración infantiles. Hace que seamos lo suficientemente sencillos como para recordar las cosas más simples, tan simples que son fácilmente olvidables. Provoca que pongamos en tela de juicio verdades que antes se nos antojaban irrefutables.

Podemos apuntar que Chesterton no entiende la paradoja como una simple expresión lógica-contradictoria. Como hemos visto, la paradoja chestertoniana es un fenómeno de correspondencia en el que dos conceptos antagónicos se dotan mutuamente de sentido y es también un fenómeno existencial que guarda cierta relación con la propuesta de Soren Kierkegaard. Una segunda razón para el empleo de la paradoja es el proceso razonado que constituye la conversión de Chesterton. El autor está consciente de que la religión encierra

muchas paradojas, y defiende una y otra vez las verdades del cristianismo, precisamente, a través de paradojas.

Las características que hemos enumerado – el gusto por sorprender al lector, la paradoja como mecanismo existencial, la defensa de la religión. – se aglomeran de manera brillante en *El Hombre que fue Jueves*. Es sin duda una de las obras más representativas de nuestro autor. La novela es una alegoría político-cristiana cuyo punto de partida es la paradoja. La alegoría política se establece con el personaje de Syme en su papel de policía, con Gregory como su opositor, con el Domingo como presidente y con los seis miembros del Supremo Consejo Anarquista como los enemigos del orden. Sin embargo, la paradoja existencial se manifiesta cuando Syme y sus compañeros resultan ser policías. Al mismo tiempo, las citas textuales dan idea de que el Domingo desempeña en realidad el papel de Dios, Gregory el del diablo y los seis miembros del consejo el de los hombres. La realidad que viven los personajes es una paráfrasis de la realidad cotidiana, en la que Dios establece sus designios, a veces incomprensibles y sorprendivos. De este modo la obra se transforma en una alegoría cristiana y la paradoja existencial se establece como una paráfrasis chertertoniana de la relación entre Dios y el hombre.

Chesterton es un escritor exigente, con el lector y para el lector. Es exigente con el lector porque le demanda tiempo y paciencia con su estilo. Es exigente para el lector porque trata temas esencialmente filosóficos y más aún, cavila sobre ellos e invita al lector a hacer lo mismo. Sin embargo, si nos mostramos dispuestos a convivir con él, descubriremos que no podemos leerlo sin tomar una actitud algo distinta ante la vida.